

INFLUENCIA DE LA EDUCACIÓN Y LA CULTURA EN LA VULNERABILIDAD FRENTE A LOS DESASTRES, DESDE UNA PERSPECTIVA PSICOLÓGICA



Ángela María Giraldo García

RESUMEN

Desde la línea de investigación en Psicología Clínica y Procesos de salud, que se adelanta desde el Programa de Psicología de la Universidad de Manizales, esta investigación tiene en cuenta la educación y la cultura como aspectos propicios para abordar el tema de vulnerabilidad; se reconoce además su complejidad y la necesidad de encontrar estrategias que permitan, por medio de estos escenarios, disminuir la vulnerabilidad frente al riesgo de desastre. Se pretende plasmar una perspectiva basada en la gestión del riesgo prospectiva generadora de bienestar ante a las situaciones de riesgo en que se encuentre inmersa una comunidad.

Palabras clave: cultura, religión, pecado, trastorno, fenómeno.

ABSTRACT

From the line of research in clinical psychology and health processes is advanced from the Psychology Program at the Manizales University. This research takes into account the education and culture as favorable aspects to address the issue of vulnerability, also recognizes its complexity and the need to find strategies for using these scenarios, reducing vulnerability to disaster risks. It is intended to capture a perspective based on prospective risk management well before generating risk situation in which a community is immersed.

Keys words: vulnerability, disaster, risk management, education, culture.

◦ ◦ ◦ ◦ ◦ ◦ ◦ ◦

La vulnerabilidad frente a los desastres, tomada desde un enfoque psicológico cognitivo, intenta plasmar un panorama que permita explorar diversos aspectos incluidos dentro de los procesos de vulnerabilidad, teniendo como referencia conceptos teóricos que han sido investigados a lo largo de la historia y que hoy se muestran con el objetivo de fomentar una perspectiva desde la psicología.

De esta manera se crea un espacio preciso para intervenir frente a los desastres, desde la generación de alternativas a partir de la cultura y la educación, que permitan disminuir la vulnerabilidad frente a estos eventos. Para esta época se han obtenido algunos avances respecto al tema, pero se hace necesario continuar con esta tarea que pone de manifiesto la necesidad de reconocer las prácticas y vivencias que llevan a

los individuos a ser vulnerables frente a muchas situaciones, para identificar y promover de este modo el cambio de acciones inapropiadas de las personas en los diferentes contextos, y potenciar aquellas que sean adecuadas.

En este sentido, la psicología abre escenarios educativos que permiten encontrar bases esenciales para reconocer esta temática, “pues bien, la psicología no se limita a un consultorio, a una empresa o institución y podría considerarse deber ético de cualquier psicólogo, sin importar cuál sea el área en la que trabaja, el prestar atención en emergencias y desastres, y por ende prepararse para dicho trabajo, pues en su propio entorno laboral y comunitario puede encontrarse con personas que se hayan visto envueltas en dichas situaciones” (Gómez 2011).

La idea general se fundamenta propiamente en la categoría de vulnerabilidad (entendida como la incapacidad de respuesta que tiene una comunidad frente a un evento de desastre por fenómeno natural o social) debido a que, como parte de las causas primordiales en los desastres, ésta se muestra como un foco primario. En este sentido, se crea una coherencia con la línea de investigación en promoción, prevención y redes en salud, que plantea esta temática como una necesidad local de ampliar el panorama de la vulnerabilidad, para mostrar y hacer énfasis en algunas causas que hasta ahora no se han tomado en cuenta en su investigación.

Adicional a esto, se profundiza en otras categorías para situarse teóricamente en la gestión del riesgo, que propone tres momentos de actuación: a) prospectiva, b) reactiva y c) correctiva.

Este ensayo se enfoca en la actuación prospectiva debido a que brinda herramientas que aportan a la educación, y que favorecen la visión a futuro y la adquisición de estrategias de comportamiento preventivas en el ser humano, sin olvidar el fortalecimiento de las ya existentes.

De acuerdo con las consideraciones que se han venido realizando, se hace necesario, en primera instancia, retomar un poco la historia: “El siglo XX fue testigo de numerosas catástrofes en América Latina, entre las cuales se pueden mencionar los sismos de 1960 en Chile, en 1985 en la ciudad de México, y en 1985 la erupción del Nevado del Ruiz” (Lugo, J. 2002, p.16). Estos acontecimientos representaron numerosas pérdidas materiales y un sinnúmero de víctimas, lo que ha llevado a cuestionar, hoy por hoy, las investigaciones y las entidades encargadas de gestionar el riesgo. Resultado de esto es la evidencia del alto nivel de vulnerabilidad presente en las comunidades, lo que apenas es un primer paso en este tema; sin desconocer que a partir de ello es que se ha dado inicio al recorrido por hacer desde las diferentes disciplinas, y en este caso desde la psicología.

En esta misma dirección no se puede ser ajeno a que “las condiciones topográficas, geológicas y climáticas del continente americano favorecen todos los fenómenos naturales y peligrosos” (Lugo, J. 2002, p.12.) lo que presenta grandes dificultades a la hora de intervenir en los diferentes aspectos que entran a una comunidad, cuando se enfrenta a un riesgo como éste. Sin embargo, al reconocer un poco ya la problemática, aún han sido muy pocas las medidas que se han tomado para mitigar e intervenir, pues se siguen presentando variadas situaciones que ponen en riesgo la integridad física, económica, social y mental de las personas. A pesar de lo que ha pasado, todavía no se manifiestan de manera eficaz las entidades gubernamentales encargadas de gestionar el riesgo, lo que implica que las personas continúen desprevenidas, mostrándose ajenas a una condición tan latente como la creación del riesgo de desastre.

Anclando la idea de gestión del riesgo y relacionándola con la intención que se tiene desde la psicología, Sierra (2011) afirma: “la psicología de la salud es un modelo biopsicosocial, donde no

sólo se tienen en cuenta factores físicos, sino también factores psicológicos (conductas, emociones, pensamientos, estilo de vida, estrés) y factores sociales (relaciones familiares, apoyo social, influencias culturales)". Esto indica que los fundamentos de la psicología de la salud están direccionados a que cada vez haya mejores formas de responder ante situaciones de estrés y, sobre todo, a reducir la vulnerabilidad en los diferentes ámbitos del ser humano.

De acuerdo con lo expuesto hasta ahora, y retomando el concepto de vulnerabilidad, se puede referir a Wilches quien la define como: "La incapacidad de una comunidad para "absorber" mediante el autoajuste, los efectos de un determinado cambio en su ambiente, o sea su "inflexibilidad", o incapacidad para adaptarse a ese cambio, que para la comunidad constituye, por las razones expuestas un riesgo. La vulnerabilidad determina la intensidad de los daños que produzca la ocurrencia efectiva del riesgo sobre la comunidad" (Wilches, 1993, p. 9)

Esta dificultad sería, entonces, la incapacidad de reacción cuando un evento como tal sucede, es decir, la proporción de vulnerabilidad es de mayor o menor magnitud de acuerdo con la capacidad de reacción que tenga la población para enfrentarse a la ocurrencia de dicho evento.

Por otro lado, la vulnerabilidad no se limita a lo físico, sino que además afecta diferentes aspectos como lo político, social, económico, ecológico, educativo y cultural (Wilches, 1993), pues cada uno muestra situaciones que limitan a una comunidad para poder actuar frente a un fenómeno natural o social; es decir, la vulnerabilidad se relaciona con la predisposición al daño presente en una comunidad desde uno o todos los aspectos.

En este sentido, y de acuerdo con lo que se entiende por vulnerabilidad, se hace necesario definir los desastres, para lo cual Wilches cita a la Oficina Nacional de Atención de Emergencias

(ONAE) refiriéndose a estos como un "evento identificable en el tiempo y el espacio, en el cual una comunidad ve afectado su funcionamiento normal, con pérdidas de vidas y daños de magnitud en sus propiedades y servicios, que impiden el cumplimiento de las actividades esenciales y normales de la sociedad" (Wilches, 1993, p. 14)

Cuando una comunidad se ve expuesta a un desastre su funcionamiento cambia de manera súbita, debido a que los desastres modifican las actividades que se venían realizando y dan un giro total a la visión que se tenía de las cosas. Es un momento donde se ve afectada la integridad de las personas de diversas maneras y, en la mayoría de los casos, las personas afectadas se demoran un tiempo en volver a retomar su vida y continuar con ella. Por tal motivo es importante reconocer el papel que juega la psicología, debido a que hay alteraciones en las condiciones de los individuos, no sólo físicas y materiales, sino psicológicas; y es aquí donde el profesional de la salud mental realiza su intervención de manera directa.

En efecto, "los desastres son eminentemente humanos y sociales y, en consecuencia, debemos despojarlos del calificativo "naturales" que genera la sensación de que el mundo "es así" y no podemos hacer nada para evitarlo" (Wilches, 1993, p. 11). Justamente es como se ha venido manejando por la comunidad el tema de los desastres, pues nuestra cultura y educación refuerzan estas creencias que son cada vez más difundidas; y es en este punto donde el riesgo es cada vez más latente y la vulnerabilidad se hace cada vez más evidente. Estos estilos de pensamiento son los que generan resistencia a la posibilidad de ofrecer opciones y encontrar, dentro de los contextos, prácticas saludables que sean forjadoras del bienestar de las personas; por ejemplo, espacios educativos. De esta manera se puntualiza la definición de un desastre y sus causas, haciendo alusión a que, por cultura, siempre se ha visto al hombre ajeno a este tipo de sucesos.

En la actualidad es necesario hacer claridad frente al tema, mostrando que el riesgo de un desastre está dado por dos razones: la primera son “los procesos intrínsecos de transformación de la naturaleza (como las erupciones volcánicas, los terremotos y los huracanes) y, la segunda, la actividad humana (como la construcción de presas, el aprovechamiento de la energía nuclear, la utilización de tecnologías obsoletas o contaminantes y el uso inadecuado de los recursos del medio)” (Wilches, 1993, p.11). Frente a esta idea, se debe tener claro que los eventos de la naturaleza surgen en cualquier momento, tienen su proceso natural que es inevitable; lo evitable es la forma inadecuada del ser humano interactuar con la naturaleza. Éste, por satisfacer necesidades, es capaz de atentar contra su propia integridad, argumentando causales como la imposibilidad de acceder a otros medios o no tener otros mecanismos que le ayuden a contrarrestar la situación. Este comportamiento lo lleva a ponerse en riesgo y de igual manera poner en dificultades a una comunidad, olvidando las consecuencias que puede acarrear el tomar decisiones sin ser consciente del riesgo, reflejando de inmediato la poca prospección en los procesos de satisfacción de necesidades.

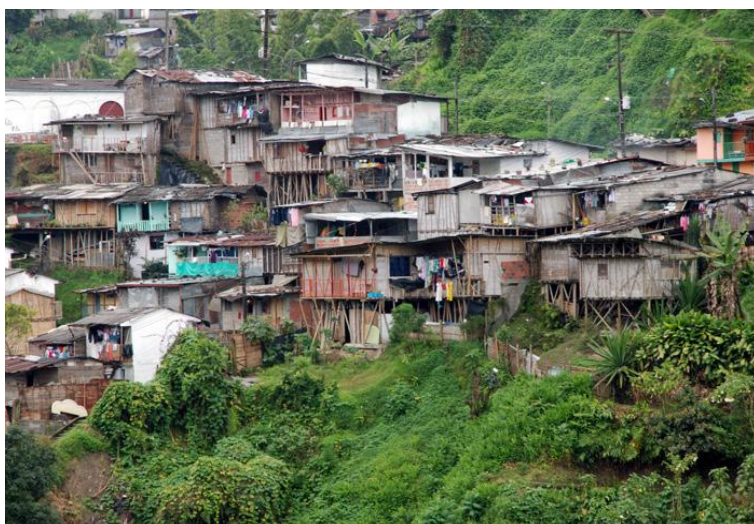
“Las primeras reflexiones sobre el tema de

vulnerabilidad frente a los desastres fueron dirigidas hacia el conocimiento del fenómeno mismo, excluyendo la relación con el ambiente humano” (Audefroy, 2007, p. 8) y es en derivación a ello que no cabe duda que el hombre es quien hace que realmente el riesgo exista. Si ya se han encontrado factores que ponen de manifiesto que es él, en gran medida, responsable de ser víctima de un desastre, aleja en gran parte al fenómeno natural de su responsabilidad, y en esas circunstancias muchos “fenómenos

naturales no llegarían a ser desastres, o en todo caso ocasionarían menos daños” (Lugo, 2002, p. 148) si se tomaran las medidas preventivas del caso.

Ahora bien, las dificultades económicas “obligan” a las personas a habitar zonas en las que, tarde o temprano su vida se ve en peligro. “No se puede negar la responsabilidad de los dirigentes políticos” (Chardon, 2002, p. 59) es decir, las entidades gubernamentales no proporcionan los suficientes recursos para evitar que las comunidades lleguen a estos lugares; además, el recurso que se invierte en educación frente al tema de desastres es muy poco, y todavía no se está preparado para tomar decisiones que eviten poner en riesgo la vida y las condiciones psicosociales de los individuos, que logren mitigar la vulnerabilidad en un alto grado.

En efecto, al reconocer estas falencias, se evidencia la necesidad gubernamental de promover programas que asuman un papel trascendental en la identificación de los riesgos, y así mismo proporcionar opciones de mejoramiento a los individuos que se encuentren en condiciones de peligro. Teniendo en cuenta el planteamiento anterior, la condición de riesgo no es unidimensional; esto quiere decir que el “riesgo constituye un subconjunto del riesgo global o total y, considerando las interrelaciones entre sus múltiples partes, tendrá estrechas relaciones con las otras facetas con que se describe el riesgo global, tales como el riesgo



financiero, el riesgo de salud, el riesgo tecnológico, etc.” (Narváez, Lavell y Pérez, 2009, p. 9), factores que aproximan a las personas al propio riesgo.

Para contrarrestar esta condición es necesario explorar nuevos espacios de conocimiento y profundización que sirvan como habilitadores de una verdadera gestión del riesgo, encaminada a la disminución de la vulnerabilidad; además, es de aclarar que la vulnerabilidad no debe verse sólo como factor material sino un factor psicosocial que altera la adecuada funcionalidad del ciclo vital de las personas, porque allí está inmersa la calidad de vida, las relaciones con los demás y con el entorno, cuando se está frente al riesgo.

Como lo mencionan Narváez, Lavell y Pérez, “el riesgo es una condición latente que, al no ser modificada o mitigada a través de la intervención humana o por medio de un cambio en las condiciones del entorno físico-ambiental,

anuncia un determinado nivel de impacto social y económico hacia el futuro” (Narváez, Lavell & Pérez, 2009, p.9). Explícitamente es lo que hay que aprender a reconocer, identificar y manejar cuando hay dificultades en un contexto donde las condiciones no son las más adecuadas.



El propósito es ser cada vez menos vulnerables y encontrar estrategias de afrontamiento que contrarresten la situación, es decir, tener una visión prospectiva dirigida hacia el bienestar de las próximas generaciones.

En este punto incursiona el concepto de la gestión del riesgo, que se presenta como “un proceso social cuyo fin último es la previsión, la reducción y el control permanente de los factores de riesgo de desastre en la sociedad,

en consonancia con, e integrada, al logro de pautas de desarrollo humano, económico, ambiental y territorial, sostenibles” (Narváez, Lavell y Pérez, 2009, p. 33). La gestión del riesgo se constituye entonces como un factor primordial en el desarrollo humano, que involucra varios aspectos integradores para la reducción de las condiciones de riesgo.

Esta propuesta está orientada a ampliar las posibilidades del desarrollo personal y social, sustentado en la gestión del riesgo, y asociado a aspectos psicológicos enmarcados en el abordaje de las cuestiones sociales, debido a que involucran directamente a los individuos y las reacciones que tienen en situaciones de riesgo y vulnerabilidad, teniendo en cuenta los pensamientos, sentimientos y emociones de cada uno.

Para lograrlo, no se puede omitir el rol del gobierno quien, a pesar de estar atrasado en el proceso, invita a que desde las distintas disciplinas se empiecen a plasmar estrategias y propuestas generadoras de bienestar y desarrollo.

De esta manera logran formar nuevas comunidades con una visión preventiva, integradas a la psicología, en la proposición de nuevas formas de pensamiento y con tácticas educativas que permitan una adecuada interacción con el ambiente.

No obstante, aunque las entidades gubernamentales trabajan en los temas relacionados con el riesgo, como cita uno de sus objetivos: “definir las responsabilidades del estado en las etapas de atención, rehabilitación y reconstrucción ante los desastres” (Agencia Colombiana de Cooperación Internacional - ACCI, 2005, p.61) se puede apreciar que la lectura de la realidad por parte de dichos estamentos se encuentra situada en teorías obsoletas, que se refieren a la “administración de desastres” vista a partir del después, cuando éste ha sucedido.

Esta visión resulta contraproducente si lo que se busca es generar una mejor calidad de vida y desarrollo humano; en este sentido, la gestión del riesgo expone la forma de prevenir los desastres bajo el argumento de que es inoficioso invertir en reconstruir sabiendo que eso genera más dificultad, la sociedad cada vez se verá más afectada y el desarrollo se verá obstaculizado.

Haciendo más claridad en la discusión, las pérdidas materiales, financieras y humanas serán mayores si no se realizan intervenciones de tipo preventivo, sabiendo que el reinvertir por estas causas aleja a las personas de tener oportunidades de acceder a una mejor calidad de vida. Por ejemplo, si hablamos solamente de reconstruir nuevas viviendas para las personas afectadas y medianamente resolver su situación a corto plazo, en este caso, el tema de la educación queda aislado, porque la prioridad es netamente asistencialista.

La inversión para la educación se muestra cada vez más escasa y precaria, y así sucesivamente con los aspectos como el de la salud mental que no ha tenido espacio en los procesos de gestión, educación y cultura en desastres, que los entes gubernamentales han procurado hasta el momento.

Encadenando los diversos conceptos se retoman la cultura y la educación como factores primordiales para la gestión del riesgo, debido a que están inmersos el uno en el otro. Para ello se hace necesario definirlos y mostrarlos con una imagen fundamental y representativa, con la influencia que tienen en el comportamiento humano, incluyendo tanto las prácticas adecuadas y preventivas como aquellas que nos llevan a estar en riesgo y a ser vulnerables.

Por tanto, para hablar de educación se debe saber que todo aquello que aprendemos está dado por un “proceso cognitivo que se deriva del verbo conocer, cuya acción sobre los estímulos sensoriales hace que el hombre antes de responder, seleccione, organice, sintetice,

almacene y recupere información para dar una respuesta adecuada en cualquier situación” (Gutiérrez, 2004, p.25). Es así como las personas adquieren conocimiento sobre cualquier aspecto y esto corresponde al concepto que se quiere identificar y fomentar; cabe decir, en este caso, que antes de emitir una acción, primero la información pasa por un proceso mental al que posteriormente se le da una respuesta. Esta definición quiere dar a conocer cómo las personas adquieren aprendizajes y actúan de acuerdo con una situación o tal vez en respuesta a una serie de asuntos que se dan en el ambiente.

Anclada esta idea al proceso social y cognitivo antes expuesto se hace preciso mencionar que: “el lenguaje es un instrumento cognitivo, fuente de pensamiento y regulador de la conducta” (Gutiérrez, 2004, p. 40) en cuanto a que lo que se transmite a través del lenguaje genera parte del aprendizaje que adquirimos cada día, porque siendo un instrumento de socialización también es un forjador de conductas y pensamientos que se van adaptando en una cultura capaz de “establecer la interrelación- desarrollo cognición educación- como posibilidad de cambio cultural y educativo” (Gutiérrez, 2004, p.11) facilitador de prácticas favorables en los individuos como estrategia de relación con el entorno.

A la par, Carneiro (citado por Gutiérrez, 2004) plantea que lo anterior es con el fin de “asegurar desarrollo personal en busca de significados, desarrollo social, cultural y comunitario, para cultivar la ciudadanía y pertenencia a la comunidad” (p.11). Es crucial entonces tener la educación como entidad capaz de romper con condiciones que netamente parecen no tener salida. No obstante, se puede decir que el hombre es capaz de modificar sus pensamientos y adquirir conocimientos de acuerdo con lo que sucede en su medio. Justamente la educación le permite tomar conciencia de las acciones que puede ejecutar o no, teniendo como referencia que hay posibilidad de cambiar algunas situaciones que atentan contra su bienestar y el de los otros, porque desde la psicología cognitiva se



puede apreciar que los aprendizajes llegan a ser significativos en la medida que el sujeto analice las experiencias previas y las que actualmente adquiere, ya que desde allí se establecen ideas mejor estructuradas y funcionales, de acuerdo con las necesidades y prioridades que finalmente el sujeto internaliza.

Por su parte Vygostky (citado por Baquero, 1999) refiere que “el lenguaje es ante todo un medio de comunicación social, un medio de expresión y de comprensión” (p. 67) que va desde lo cognitivo hasta lo emocional, en tanto que el lenguaje anclado a una serie de pensamientos, sentimientos y emociones presentes en un desastre provoca que las personas puedan movilizarse a cambiar y encontrar estrategias más asertivas en su cotidianidad.

En la misma trayectoria Garner (citado por Martínez, 1987) plantea que “el sujeto selecciona y construye en la percepción, y en el recuerdo reconstruye todo a partir de los detalles” (p.29), manifestando que la capacidad del sujeto para recordar le permite adquirir un aprendizaje previo, lo que contribuye a no repetir las acciones propias y de otros, e identificar el peligro que hay cuando evoca las consecuencias que tendría al emitir una posible conducta; es decir, sabe qué puede suceder

si no toma una decisión correcta y cuáles serían los efectos.

Reconociendo estas percepciones, es importante tomar a la educación como aspecto primordial que permite cambiar actitudes por medio del aprendizaje porque el “aprender consiste en modificar estructuras cognoscitivas y agregar significados a las ya existentes” (Martínez, 2004, p. 30) debido a que cuando se adquieren aprendizajes con un alto valor significativo, como se mencionó anteriormente, las personas buscan alternativas que las alejen de determinados riesgos, lo que podrá ayudar a que la vulnerabilidad se reduzca en fuertes dimensiones. Al identificar esto, es posible generar cambios a nivel de pensamiento y conducta, logrando impulsar procesos psicoeducativos que permitan generar nuevas formas de actuación, por medio del cambio de las estructuras de pensamiento que van en contra de la seguridad de los individuos.

Conjuntamente con la idea anterior, se puede tener presente que “los filtros perceptivos del individuo, las visiones de uno mismo, de los demás y del mundo” (Beck, 1979, p. 5) son una base fundamental para tener en cuenta en el

encadenamiento de la situación, desde los procesos psicológicos, resaltando que se necesita saber qué perciben las personas de sí mismas, de los otros y del mundo. Esta es una parte primordial para llevar a cabo cualquier proceso que se requiera con un individuo o con una comunidad, contando con que es un factor que da la pauta para saber cómo intervenir en una situación dada desde la psicología.

Así mismo, la toma de conciencia permite implementar medidas y estrategias preventivas para la disminución de la vulnerabilidad frente al riesgo, porque surge de allí una nueva perspectiva de ver la vida y las condiciones en las que se está, y en las cuales puede encontrarse con otros aprendizajes de acuerdo con su conducta actual, implementando cambios positivos unidos a las dinámicas del medio.

En proporción a ello “el aprendizaje despierta una serie de procesos evolutivos internos capaces de operar sólo cuando las personas están en interacción con su entorno o en cooperación con algún semejante” (Baquero, 1999, p. 38), no sólo se dan de manera individual sino que el entorno es altamente representativo y primordial, lo que da cabida a indicar que mucho de lo que hacen los otros finalmente termina por ser imitado, asociado al “aprendizaje vicario” tenido en cuenta por Bandura (1961). He ahí la representación que se da de las prácticas dentro de la cultura que son directamente ancladas, en este caso, con el riesgo.

Como ya se ha mostrado, Colombia hace parte de un continente propenso a diversos fenómenos naturales que pueden ocasionar desastres humanos; esto articulado a la percepción del riesgo es un campo poco relevante para la comunidad y las prácticas aún son bastante dañinas.

En esta línea teórica ha sido necesario conocer la historia, puesto que con base en ella se han generado aprendizajes, pero es de gran importancia reiterar que la educación en estos temas es básica.

Si se habla de desarrollo, los desastres lo evitan; pero si se logran disminuir los riesgos ya existentes y actuar de forma prospectiva, evitando la creación de nuevos riesgos, esto contribuirá a que los individuos puedan reducir en gran medida las condiciones que los convierten en seres vulnerables.

Cuando las personas están cada vez más convencidas que los desastres son algo que a ellas no les corresponde porque se sale de sus manos, debido a que son llamados culturalmente “naturales”, se pone de manifiesto el riesgo, y es allí donde se presenta la necesidad de abrir nuevos espacios de enseñanza y aprendizaje en estos temas, que ayuden a que los sujetos eviten estar en situaciones donde exista el riesgo.

Con respecto a la idea de Deival que afirma que es: “la educación uno de los pilares de supervivencia de la especie” (2006, p.19) puede concluir que el educar muestra nuevas formas de percibir la realidad de una comunidad, y el actuar frente al riesgo de manera preventiva disminuye la vulnerabilidad de un fenómeno de desastre; esto hace posible ir avanzando en el tema. Desde cualquier espacio, y a cualquier edad, es preciso mostrar y enseñar nuevas ideas de ir en la vida. Habitar sitios en riesgo es algo que se pretende mitigar por medio de la enseñanza y el aprendizaje, porque si las personas, a pesar de sus creencias y culturas, adquieren nuevas formas de ver la realidad, ya que en su pensamiento se genera un cambio, entonces es posible encontrar adecuadas alternativas para vivir, al reconocer cada vez más lo que es el riesgo y lo que genera vulnerabilidad.

Ligada a la educación se encuentra la cultura que “es el conjunto de todas las acumulaciones realizadas por los humanos que determinan la forma de la sociedad: conocimientos, tipos de relación social, el proceso de reproducción, las formas de organización política, las guerras, los ritos, la religión, las creencias compartidas” (Deival, 2006, p. 20). Se reconocen de este modo las características de una cultura envuelta en la

educación, porque educar es crear una cultura y es en este punto en donde radica la necesidad, para reformarla y darle un nuevo horizonte respecto al tema de los desastres, reconociendo igualmente que los cambios son dispendiosos y generan resistencia. Es aquí donde la psicología apunta en la actualidad.



Por este motivo “el proceso de transmisión de conocimientos, normas, valores, ritos, conductas, tradiciones es lo que se denomina educación, que se constituye una parte importante de la actividad social” (Deival, 2006 p.21), instituyéndose como fuente de formación que brinda, al mismo tiempo, la posibilidad de conocer el medio y las condiciones en que se encuentra una sociedad, y permite indagar acerca de lo que hay en cada contexto, cuáles son las divergencias y qué de adecuado e inadecuado hay en cada comunidad; teniendo en cuenta que sólo la misma comunidad tiene el derecho y el conocimiento para tomar decisiones frente a los cambios que necesita llevar a cabo.

En este caso, el papel del profesional es acompañar dicho proceso, y no está de más decir e indicar la magnitud que tiene este proceso educativo, sabiendo de igual modo que educar involucra a la familia, la comunidad y un contexto que necesita ser modificado. Desde la psicología, el objetivo claro dentro de este proceso es contribuir con la salud mental, tomando como entes primarios la educación y la cultura como generadores de bienestar y desarrollo para el presente y el futuro de las personas de manera integral.

Poniendo en relación lo anterior “el conocimiento sobre la realidad es uno de los factores que más han contribuido al éxito del hombre como especie animal, ya que permite anticipar lo que va a suceder, y a partir de ahí controlar el curso de las cosas y actuar sobre ellas de una manera eficaz” (Deival, 2006, p. 21). Si el hombre tiene la capacidad de anticiparse a algunos hechos se podría plantear la pregunta: ¿por qué aún sigue prendido a una serie de pensamientos y creencias que ponen en peligro su vida? La respuesta está dada por una serie de condiciones educativas de la cultura que impactan la construcción de realidad individual y colectiva, porque se naturaliza el

riesgo convirtiéndolo en un hecho poco relevante, pues simplemente los individuos reciben información que los encamina a realizar cierto tipo de prácticas e imitar acciones en determinados lugares, que la cultura, la educación y las diversas condiciones vivenciales han legitimado.

Sin lugar a dudas, cuando se dice que el hombre, por medio del “conocimiento, está ligado al peculiar desarrollo de los humanos, es el arma principal de la que dispone el hombre para controlar la naturaleza y sobrevivir” (Deival, 2006, p. 21). En este sentido suena irónico que si el ser humano, por medio del conocimiento, es capaz de llegar a controlar varios aspectos de su vida, le sea tan difícil identificar un peligro tan latente como son los desastres, es difícil generar cambios en las prácticas culturales que se han tejido en torno a la gestión del riesgo en cada contexto. Sin embargo, la psicología como disciplina intenta encontrar alternativas educativas que se vayan culturizando, para evitar que las personas sean vulnerables a los fenómenos naturales.

En este orden de ideas, y asido al bagaje educativo, cultural y social presentado en el escrito, Gómez menciona que “la cognición social es un proceso de aprendizaje” (Gómez, 2011) y cita a Rublu y otros mencionados en un documento realizado por Enesco, mostrando que “A la luz del modelo clásico E(estimulo) O(organismo) – R(respuesta), la cognición social podía representarse en O, como los procesos y estructuras que median entre la situación social y la conducta social del individuo (Rublu y otros, 1983, citado por Enesco, p. 1), dado que para el hombre al estar expuesto a un contexto le resulta fácil adquirir una serie de conductas, lo que provoca de inmediato un aprendizaje, favorable o desfavorable para su seguridad. Es decir, hay estímulos externos que al interactuar con el organismo lo llevan a desplegar una serie de conductas; teniendo en cuenta que dicho organismo está influenciado por experiencias y aprendizajes previos.

Por consiguiente, el tema de cultura relacionado con los procesos educativos de aprendizaje se identificará y definirá en relación con los conceptos teóricos plasmados de acuerdo con la propuesta planteada en el título de este escrito, afirmando que el “hombre es un animal inserto en tramas de significación que él mismo ha tejido, a lo que se considera que la cultura no es una ciencia experimental en busca de leyes, sino una ciencia interpretativa en busca de significaciones” (Geertz, 1973, 1986, p.1). Aquí de inmediato se observa que el ser humano, a medida que se expone al medio, identifica y construye una serie de signos y símbolos que lo llevan a tratar de encontrar significados frente a lo que hace y hacen los otros, lo que se va legitimando con el paso del tiempo y se convierte finalmente en una cultura.

Y, ¿qué es entonces cultura? Para responder a esta pregunta Geertz (citado por Botero, 1989) plantea que “la cultura es un sistema ordenado de significado y símbolos en cuyos términos los individuos definen su mundo, expresan sus sentimientos y emiten sus juicios; un patrón de

significados transmitidos históricamente y materializados en formas simbólicas, mediante las cuales los hombres se comunican, perpetúan y desarrollan su conocimiento sobre la vida y sus actitudes hacia ella; una serie de dispositivos simbólicos para controlar la conducta”.

EDUCACIÓN Y CULTURA EN DESASTRES

Sobre la base de esta definición, se reconoce entonces que cada cultura crea sus propias costumbres, valores y creencias; pero también es cierto que en medio de esas construcciones se generan varios riesgos que no son vistos por muchos. Esta discusión sería demasiado profunda, pero se pretende mostrar que en medio de todas esas vivencias se crean dificultades para cambiar los esquemas de pensamiento preexistentes en la personas. Es crucial entonces, implementar una nueva cultura acerca de la percepción del riesgo de desastres que se presentan en el medio.

Manteniendo la discusión acerca de la cultura, Kuper (citado por Botero, 2010) expone que ésta “se refiere tanto a la invención como a la preservación, a la discontinuidad como a la continuidad, a la novedad como a la tradición, a la rutina como a la ruptura de modelos, al seguimiento de las normas como a su superación, a lo único como a lo corriente, al cambio como a la monotonía de la reproducción, a lo inesperado como a lo predecible”. Es la oportunidad de romper los paradigmas de las culturas frente al los temas de desastre, para generar el cambio en los pensamientos y las prácticas que están siendo dañinas, logrando ser modificadas y que generen nuevas representaciones del medio.

Las culturas hacen parte de la subjetividad y es realmente valedero, sólo que hay dificultad en encontrar razones argumentativas que vayan más allá de lo que se piensa; el ser capaces de racionalizar permite de estructurar nuevas formas de interpretar la realidad, con el conocimiento de que al modificar aspectos culturales se facilita la

la prevención y la gestión del riesgo. Cuando se implementan prácticas preventivas se reduce la vulnerabilidad; y si la cultura está en constante cambio equivale a la posibilidad de cambiar las prácticas que irrumpen en un determinado momento de la vida como “instrumento de renovación de la vida social e individual” (Nicola, 1996, citado por Botero, 2010).

En relación con la posibilidad de este cambio en la cultura, Kuper (citado por Botero, 2010) hace alusión a que “la cultura es la herencia social, es la manera que los seres humanos solucionan problemas de adaptación al ambiente o a la vida en común. Es un complejo de ideas, o los hábitos aprendidos, que inhiben impulsos y distinguen a la gente de los demás”. En esta instancia, no sólo se ve reflejada la conducta en el proceso de adaptación continuo del ser humano, sino también la imitación de conductas y de igual forma el reforzamiento de ellas con el transcurrir de los tiempos; si bien ya se han visto los orígenes de estas acciones y lo que también genera cultura, es evidente que las personas fácilmente se adaptan al ambiente. Cuando sucede algún desastre, después de un determinado tiempo las comunidades se adaptan de nuevo a las condiciones que van obteniendo, mostrando así una nueva variación de la cultura; es aquí donde se pone de manifiesto que no es imposible abordar nuevos mecanismos que sirvan para la modificación de las conductas que previenen el riesgo al que se exponen, cuando continúan de manera masiva, habitando lugares y creyendo simplemente que las cosas suceden porque sí, y no hay forma de cambiarlas.

En este mismo sentido, se puede observar cómo funciona una comunidad; también se muestran las condiciones que hacen parte de la vida de las personas; por eso hablar de la modificación de las prácticas no es fácil. Sin embargo, ayudar a prevenir el riesgo es una tarea que debe continuar aunque educar en los temas de riesgo frente a los desastres tome mucho tiempo, la evolución del medio sea cada vez más acelerada y los riesgos de las personas aumenten severamente.

Cuando una comunidad está expuesta a algún tipo de riesgo de desastre la vida de las personas que la habitan se pone en peligro de muchas formas, y si desde la psicología no se hacen intervenciones que permitan movilizar a las personas, las consecuencias serán cada vez peores. No solo habrá riesgos físicos y materiales, sino también emocionales, que no facilitan la evolución de una sociedad, y que dificultarían la intervención a pesar de que la propia comunidad espera por ello.

Es radicalmente importante saber el porqué la gente hace lo que hace, de dónde vienen esta serie de acciones que dejan mucho que pensar, y entenderlas desde este recorrido histórico y teórico, para que más que juzgar la labor sea la de presentar la cultura como constructora, y a la vez destructora si no se toman en cuenta los aspectos que llevan a las personas a estar en riesgo, y a ser cada vez más vulnerables.

Finalmente lo que presenta la psicología es la necesidad de intervenir en el tema de los desastres desde el aspecto preventivo y la salud mental. Ya se ha mencionado que es prioritario abordar este tema teniendo en cuenta los pensamientos, sentimientos y emociones de las personas; por tanto la idea de buscar y encontrar alternativas que permitan cambiar las concepciones y los pensamientos que se tienen frente a los desastres, debe ser asumida de acuerdo con la percepción de la realidad que tienen los individuos de esta temática. La tarea desde la psicología, y desde el enfoque cognitivo, es ayudar a que las personas hagan nuevas interpretaciones del mundo y de lo que sucede a su alrededor, sabiendo de antemano que cuando se logra tener un principio de realidad frente a algún acontecimiento las condiciones cambian radicalmente. La tarea desde la psicología, y desde el enfoque cognitivo, es ayudar a que las personas hagan nuevas interpretaciones del mundo y de lo que sucede a su alrededor, sabiendo de antemano que cuando se logra tener un principio de realidad frente a algún acontecimiento las condiciones cambian radicalmente.

En este sentido se pueden encontrar nuevos significados y sentidos de vida frente a las cosas, logrando obtener consecuencias positivas y minimizando las consecuencias negativas de algún suceso, con la posibilidad de transformar y adquirir nuevas ideas frente a lo que anteriormente se pensaba. Bien lo dice Beck: “nuestra habilidad para procesar información y para formar representaciones mentales de uno y de su entorno es central para la adaptación y la supervivencia del ser humano” (1997, p. 120) lo que le posibilita permanecer y continuar en este proceso evolutivo del medio y de la especie, que se ve obstruido en muchos casos por las acciones realizadas por el mismo hombre en un determinado momento.

De acuerdo con lo anterior, es importante tener en cuenta que para intervenir un individuo o una comunidad se deben tener claras sus creencias, sus motivaciones y los deseos que tiene para su vida, reconociendo su historia, su visión hacia el presente y hacia el futuro; porque de nada vale hacer intervenciones sin fijarse primero en la dificultad de las personas. Sin más, es primordial “posicionarse en los zapatos del otro” y tratar de comprender al máximo su realidad, haciendo claridad que desde este enfoque, no sólo se tiene en cuenta la carencia sino en el potencial que tienen las personas, colocando

principalmente la capacidad que tienen para ajustarse y encontrar alternativas de continuar con sus proyectos de vida a pesar de la adversidad.

Este es un proceso de acompañamiento que se interesa en que los sujetos entiendan el mundo en el que habitan, y realicen nuevas concepciones acerca de su realidad, debido a que el reconocer historias previas le facilita prever lo que puede suceder en un determinado momento, y disminuir en un alto porcentaje la dificultad para afrontar una situación adversa, encontrándose allí con una perspectiva diferente ya que ha logrado reconocer con anterioridad lo que posiblemente podría pasar. La nueva interpretación de la situación le facilitará bienestar propio y colectivo, teniendo la posibilidad de adquirir habilidades de adaptación al medio y, por ende, resolver sus problemas.

Es por eso que se deben abrir nuevos espacios educativos y comunicativos que permitan promover prácticas preventivas que le apuesten a la salud mental, proporcionándoles a las personas posibilidades de vivir y construir nuevas historias frente a sí mismas y frente a los otros. La educación y la cultura son forjadoras de progreso, y bajo esta perspectiva se busca plantar esta idea como espacio que trascienda y pueda cambiar la idea de muchos frente a lo que hay a su alrededor y lo vital de su debida implementación.

REFERENCIAS

- Audefroy, J. (2007). *Desastres y culturas: una aproximación teórica*. Chile, 22. pp.1-15.
- Baquero, R. (1999). *Vygostky y el aprendizaje escolar*. 4ed., Argentina.
- Botero, R. (2010). Presentación realizada en la Universidad Católica de Manizales en el marco de las sesiones previas para el Seminario de Cultura de la Maestría en Pedagogía. Manizales.
- Nicola, A. (1996). *Diccionario Filosófico*. México: FCE.
- Botero, R. (2009). Presentación realizada en la Universidad Católica de Manizales. En el marco del Diplomado en Docencia Universitaria.
- Caro, I. (1997). *Manual de Psicoterapias cognitivas, estado de la cuestión y procesos terapéuticos*. Barcelona: Paidós.
- Gómez, D. T., León, R. J. M., Medina, A. S. (1998). *Psicología social orientaciones teóricas y ejercicios prácticos*. España: McGraw-Hill.

- Chardon, A (2002). *Un enfoque geográfico de la vulnerabilidad en zonas urbanas expuestas a amenazas naturales*. Manizales, Centro de publicaciones-Universidad Nacional de Colombia.
- Del Río, P. (2004). Extractos de los escritos sobre psicología del arte y la educación creativa de L.S. Vygostky. *Cultura y Educación*, 16(2).
- Deival, J. (2006). *Aprender en la vida y en la escuela*. Madrid: Morata.
- Departamento Nacional de Planeación (2005) (Memorias). Agencia Colombiana de Cooperación Internacional. Bogotá.
- Geertz, C. (1986). *La interpretación de la cultura*. Barcelona: Gedisa.
- Gómez, K. (2011). *Percepción del riesgo, una construcción psicológica de la realidad subjetiva del individuo y la comunidad*. Ensayo de Grado. Universidad de Manizales. Manizales.
- Lugo, J. Inbar, M. (2002). *Desastres naturales en América Latina*. México: FCE
- Martínez, M. (2004). *Desarrollo cognitivo y educación*. Manizales: Universidad de Manizales.
- Metodología para la elaboración de planes de emergencia y planes de contingencia para los comités ambientales. (2007) Medellín: Editorial Medellín Universidad.
- Narváez, L. Lavell, A., Pérez, O, G. (2009). *La gestión del riesgo de desastre, un enfoque basado en procesos*. Perú: Comunidad Andina
- Sierra, J. (2011). *Potencialidades individuales y colectivas ante situaciones de riesgo por deslizamiento en la ciudad de Manizales*. Ensayo de Grado. Universidad de Manizales. Manizales
- Wilches, C, G (1993). *La vulnerabilidad global: los desastres no son naturales*. Barcelona: Tercer Mundo.